

HURTADO DE MENDOZA Y LARREA, ANTONIO (1586-1644)

*RELACIÓN DE LA FIESTA DE ARANJUEZ EN VERSO*

GIGAN.

Los verdes campos del Tajo  
de la plata de Fileno,  
lisonja una vez, y muchas,  
floridos, quejosos bellos.

Dos veces reina en sus flores,  
Belisa tiene suspensos  
por suyos más que por lindos,  
presumidos de sí mismos.

Para celebrar los años  
de aquel bizarro mancebo  
de su hermosura, y grandeza  
digno hermoso ilustre dueño.

A gloriosas prevenciones  
llama el mundo, en cuyo estruendo  
quedaron de ser vencidos  
los imposibles con miedo.

En vez de coros de Ninfas  
sirven al heroico intento  
escuadrones de deidades,  
de amor guerra, y del sol celos.

GEN.

¡Qué peregrino teatro,  
desdén del que el Roma un tiempo  
reverente admiró el mundo  
lisonja del gran Pompeyo!,

¡qué fábrica tan insigne

al mismo docto arquitecto  
novedad, y en varias luces  
émula hermosa del cielo!

RIF.

¡Qué música soberana!  
ya empieza la fiesta, estemos  
atentos, si a tanta gloria  
basta admirados y atentos,

¡qué máscara tan bizarra!  
a cuyo traje rindieron  
el sol, la gala, y cuidado,  
el aire, y el lucimiento:

con tan hermoso principio,  
de tan alta causa efecto  
a sus grandes esperanzas  
da satisfacción el pueblo.

En un carro de cristal  
mira el Tajo, que del techo  
bella Ninfa copia, y vence  
sus puros cristales tiernos,

ya la hermosa voz desata  
no pájaro lisonjero  
del alba, sino de un sol  
clarín generoso, y nuevo;

en florido verde triunfo  
Abril le sigue, debiendo  
nuevas animadas flores,  
hijas ya de rayos negros;

la gran Deidad Lusitana,  
bellísimo desempeño  
de más alabanzas, todas  
peligrosas de ser menos,

depuesto el florido carro,  
ya representa, poniendo  
primer crédito a la fiesta  
y alma segunda en los versos.

GEN.

Los ya suspendidos aires  
ceñidos de luces vemos,  
y un águila en plumas de oro,  
luciente máquina de ellos,

conduce una hermosa Ninfa,  
que representa sin riesgo,  
sin escrúpulos la edad,  
tanto fían años bellos.

GIGAN.

Oye a la flor más temprana  
en la loa mereciendo  
la suya tan admirada,  
que aun es aplauso el silencio;

en tan lindos pocos años,  
¡qué espíritu! ¡qué ardimiento!,  
cuidados de la fortuna  
sólo en ella son aciertos.

En tres divididos troncos  
tres Ninfas ofrecen luego  
en milagros de armonía  
dulces prodigios al viento,

Abello pastor del Tajo,  
de Amadís noble escudero  
ofrece cortés noticia  
de su claro ilustre dueño.

Ya sale Amadís juntando  
bizarro, airoso, y perfecto,  
de Amadís, y de Niquea  
la hermosura y el esfuerzo.

Busca la selva encantada,  
y en guerra de sus desvelos  
treguas pide la fatiga  
a la humanidad del sueño.

Sirena oscura la noche  
en blandas cadenas presos  
deja su voz detenidos  
los pasos, y pensamientos;

luciente aurora le acusa  
en dulcísimos acentos,  
que bien nacidos cuidados  
merecen ojos despiertos.

Amadís, recuerda, y mira  
que en varios sonoros ecos  
dudosamente le infunden  
unos valor, y otros miedo.

Ya saca la ardiente espada  
con vivo airoso despejo,  
y a las temerosas puertas  
bizarro llega, y resuelto.

Abre el encantado monte,  
y aquel animoso aliento,  
aun seguro en una dama  
no se permite el recelo.

Cuatro soberbias columnas  
veloces bajan al suelo  
descubriendo en mil asombros  
cuatro Gigantes soberbios:

atrévase, y de su mano  
al gallardo movimiento  
el miedo sólo es Gigante  
de los cuatro Polifemos:

falsas lisonjeras Ninfas,  
le coronan, pretendiendo  
detener de sus victorias  
los heroicos vencimientos:

ven el encantado escudo,  
y en nuevos horrores fieros  
bravos Leones le humillan  
los siempre erizados cuellos.

Claro lustroso edificio

aparece, y en su centro  
del fabuloso Palacio  
preciada ambición de Febo,

una verdad más lucida  
que en las paredes, y techos,  
presunciones de diamantes,  
se han debido los espejos.

GEN.

¡Qué soberana apariencia!  
¡mira en el trono supremo  
aquella deidad del mundo  
el más glorioso ornamento,

mayor Majestad, compuesta  
de altivos merecimientos,  
de infinitas perfecciones,  
de un milagro, y mil extremos!

y a su lado aquella Aurora,  
que a no encerrarse en su pecho  
una alma Real, en todo  
pudiera ser alma en cuerpo,

la bellísima Niquea,  
que está llamando a respeto,  
aún primero que a la vista,  
y al osado Caballero

agradece el desencanto,  
en, que Anastárax sufriendo  
el mayor dolor, padece  
al mal de bienes ajenos.

Ya de laurel coronado  
Amadís cuyo desnudo  
fue de monstruos, y de fieras  
el más valiente desprecio,

cobarde a tanta hermosura,  
y negado a los deseos,  
sin dar luces de esperanzas  
a tan cortos rendimientos,

habla sin ser escuchado,  
que en tan divinos empleos  
del cuidado solamente  
dan señas los escarmientos,

mira a Lurcano, y Albida,  
que enseñan a ser modestos,  
entendidos, y decentes  
los amantes sentimientos.

Ya de Anastárax las voces  
escucha, que en tanto incendio  
piedad, alabanza, y gloria,  
aun merece en el infierno;

de sus repetidas quejas  
a su lástima dispuesto,  
Albida inclina el oído  
piadosamente suspenso,

que bizarra y animosa  
las llamas penetra, siendo,  
una vez en la hermosura  
crédito suyo el remedio.

Ausente Lurcano, el aire  
puebla de tristes lamentos,  
que no los males callados  
todas veces son discretos.

GIG.

Mira en el Dragón volante  
aquella deidad que en Delfos  
al mismo sol le quitara  
la veneración, y el templo,

que sin oír de Lurcano  
los más bien dichos afectos,  
que buscalles tan gran causa  
es culpa, y no desacierto,

huye veloz, y el amante,  
de su dolor satisfecho,

logra en su desconfianza  
los desperdicios del ruego.

Anastárax alentado  
sale del ardiente seno,  
que es la dicha de los males  
no hallar novedad en ellos:

no viendo Amadís premiadas  
las victorias de su acero,  
de amar lo más soberano  
fábrica su mismo premio,

y recatando sus quejas  
de desfavores severos  
no contentarse del daño  
tiene por atrevimiento

Niquea (sólo imposible  
de amor, y el mayor sujeto  
de la fe, si el mundo osara  
imaginarle algún dueño)

del valor se obliga, y nunca  
de la voluntad haciendo  
al deseo, y al cuidado,  
uno mudo, y otro ciego.

La bella Ninfa Aretusa  
baja del cielo ofreciendo  
en soberanas piedades  
alivio a tantos tormentos.

¡Con qué gracia que celebra  
de Albida el valor inmenso,  
de Niquea la hermosura,  
y el desdén forzoso, y cuerdo;

de Anastárax las desdichas,  
nuevo amor, y antiguos celos;  
de Lurcano los cuidados,  
y de Amadís los extremos!,

los amantes generosos  
pagados sólo de serlo  
de las comedias vulgares

desdeñan los casamientos:

ejércitos de armonía,  
que mueven coros diversos,  
en guerra sonora ponen  
en paz a los elementos,

muda forma el aparato,  
y las que montañas fueron,  
verdes jardines desprecian  
el nombre de los hibleos.

En distintas hierarquías  
un artificioso enredo,  
en líneas rojas retrata  
los azules pavimentos.

Una ilustre Dama llega,  
y del más alto lucero,  
no atina el rayo pendiente  
señalada ley del precio;

ya la deidad victoriosa,  
en el milagro postrero,  
en que tanta bizarría,  
vencerlo todo es lo menos,

da fin, danzando a la fiesta,  
en cuyas glorias se vieron  
la novedad sin descuido,  
la grandeza sin ejemplo.

De los Césares los días  
natales en que lucieron  
la Majestad del romano,  
y la estrañeza del griego,

no con mayor aparato  
se celebraron, ni fueron  
ningunos años más dignos  
de eternidad, ni de Imperio,

que esta fiesta milagrosa,  
puso término al deseo,  
a la vista, y esperanza  
en lo grande, y en el dueño.



El mundo quedó admirado  
en alabanzas rompiendo  
los aires, dando el aplauso  
cuanto se entregó al silencio.

RIG.

Escucha, ¿qué ruido es este,  
que en el jardín de los negros  
entre selva y edificio  
es lo dudoso más cierto?

Otro segundo teatro  
miro, si no del primero  
competencia, ya de todos  
admirable menosprecio,

ya la música es principio  
de ilustre fiesta, y de un nuevo  
trono, que aun del sol no fuera  
dorado blasón pequeño.

LA LOA

Sale una máscara hermosa,  
en que del otro hemisferio  
las luces contra sí mismas,  
hacen duda el vencimiento.

En lo hermoso, y peregrino  
de los trajes descubrieron  
su demasía el poder,  
y su elección el ingenio.

Oye a la fama, y la envidia,  
que pisando el sitio ameno,  
publican de la otra fiesta  
nobles encarecimientos.

La fábula empieza, y Colcos,  
y Jasón dan el sujeto,  
y la pluma el Fénix claro

cisne de Apolo el más tierno.

¡Qué lastimosos gemidos  
suenan en el mar, que el centro  
asalta en azules ondas  
del sol los dorados cercos!

Favor Neptuno divino,  
dice una voz, y otra luego,  
ondas, dejadnos pasar,  
templad los rigores vuestros,

piadosa Ninfa de Tetis,  
socorrednos marineros,  
que el aire cortan sin velas,  
que el mar dividen sin remos,

en bajel de rizos de oro  
salen al buscado puerto  
los quejosos fugitivos,  
del mundo hermanos más bellos;

no es el Géminis hermoso  
de igual belleza, ni fueron  
las verdes selvas testigos  
de tanto Adonis, y Venus.

Enamóranse las Ninfas  
bellas hijas de Nereo,  
de su dorado animal,  
imagen de un rico necio:

en desconocidas playas  
los hermosos extranjeros  
a lo peregrino fían  
las esperanzas de un reino;

Friso refiere lo noble  
de su grande nacimiento,  
de una madrastra la envidia,  
y de una envidia el veneno.

En su triste desamparo  
los anima el dios guerrero,  
que a lástimas de la tierra  
no se llama sordo el cielo.

Una generosa Dama  
hace un divino compuesto  
de Marte y Narciso, entrambos  
sin lo vano, y lo soberbio:

de fuertes lucidas armas  
ciñe su bizarro cuerpo,  
y de arneses victoriosos  
las paredes de su templo;

de los ínclitos varones  
publica los claros hechos,  
que viven siempre inmortales  
sobre los hombros del tiempo;

que a los montes se retiren  
les avisa, que de buenos  
grandes varones fue siempre  
huésped sagrado el desierto.

El vellocino le ofrecen,  
que será blasón al cuello  
de tantos grandes Felipes,  
el Cuarto, en todos primero.

De su querida Medea  
sale quejoso Fineo,  
que desdichadas finezas  
labran desdenes de yelo.

Segundo parto del mar,  
principio a tanto escarmiento,  
es tirano de las ondas,  
volante animoso leño,

para queja de los siglos,  
Hércules, Jasón, Teseo  
dan nueva guerra a las vidas  
en campañas de agua, y viento;

con más codicia que gloria  
rompen el mar, que al sediento  
afán de ambición humana  
no bastan golfos en medio.

Conquistar el vellocino  
es su empresa y a su intento  
armas previenen, y asombros  
los admirados isleños.

Medea, y el Rey se inclinan  
a diferentes afectos,  
él a defender sus muros,  
y ella a rendir pensamientos.

Solicitan de hija, y padre  
Jasón, y sus compañeros  
el agrado, aunque ninguno  
es falso, y todos son griegos.

Fineo celoso mira  
la novedad, y en el pecho  
iras fabrica, y venganzas,  
que son traidores los celos.

La bella Elenia se muestra  
su amante, y un jardinero  
galán su desdén acusa  
en dulces suspiros tiernos.

Mal fiada de sus ojos  
busca Medea el esfuerzo  
de encantos, que sin belleza  
son delito, y no remedio;

la hermosura es solo encanto,  
y en sus bellos ojos preso  
Jasón no quiere otro hechizo,  
que hermoso basta un cabello;

desconfía por amante,  
no por hombre, y en un fresco  
jardín de amores reales  
vulgarísimo tercero,

hablarle intenta Medea,  
y Elenia en blandos concetos  
lo triste del alma fía,  
a lo dulce de un soneto;

sirenas halla en la tierra

más que en el mar; mas ¿qué es esto?  
¿que ya todo el aparato  
es jurisdicción del fuego?

Llama veloz penetrando  
de uno en otro ramo seco,  
penacho es de luz, y en plumas  
ardientes vuelan los techos,

la seguridad advierte  
de aquel hermoso mancebo,  
que a la alteración se niega  
por quietar el susto ajeno:

por él temen todos, y él  
mira seguro el incendio,  
que en la turbación de todos  
no se aparta del sosiego,

ni de su lado aquel siempre  
solo a su servicio atento,  
de quien la fama, y la gloria,  
no serán testigos muertos.

Del numeroso auditorio,  
mira a lo bajo, y plebeyo,  
que ya es en él confusión  
lo que bastaba recelo;

el temor es el peligro,  
y en la fuga, y el aprieto  
del remedio que procura,  
se compone todo el riesgo.

Ya el gallardo ilustre joven,  
cuanto es dulce parentesco,  
del amor, y de la sangre,  
vínculos del alma estrechos,

saca en sus bizarros brazos,  
más fino que con el viejo  
noble padre aquel troyano,  
Fénix del ardor sangriento:

animosa la hermosura  
con el semblante sereno,

de la blanca aurora imite  
los albores más risueños:

a las humanas deidades  
las dejan de amparo lejos,  
los viles con el espanto,  
los nobles con el respeto,

hasta que necesitando  
de cortés atrevimiento,  
con decencia la osadía  
se pone animosa en medio;

como a sagrados penates  
el dulce glorioso peso  
dan al hombro, que a las plantas  
fueran profanos trofeos:

cuantas atentas finezas  
se malograron, que abriendo  
lugar, dio al agua peligros  
quien no las halló en el fuego:

alguno a quien bellos ojos  
callado favor pidieron,  
sin dolerse, ni empeñarse  
todo lo miraba Nero.

Dio treguas el alboroto,  
los sustos aplausos dieron,  
festivo quedó el peligro,  
y quedó corrido el miedo.

Sólo tuvo de desdicha,  
lo que los ojos perdieron  
quitando a la admiración  
lo que ser pudo escarmiento.

Mereció ser competencia,  
y sirvió con el suceso  
de luminaria, que tuvo  
hasta en lisonjas extremos.

Dejó engañarse la fama  
de relaciones, fingiendo  
la novedad desatinos,

y la ignorancia misterios:

hasta el accidente mismo  
nos dejó alegría haciendo  
los donaires experiencias  
de los engaños del pueblo.

Altamente celebrados,  
así los años Febeos  
del sol quedan inmortales,  
ya que no pueden enteros.

FIN